

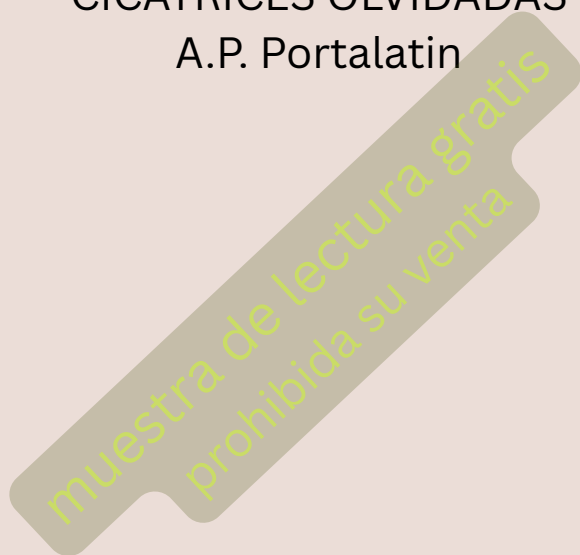
CICATRICES OLVIDADAS

*Aprender a vivir sin depender
de recuerdos rotos*

muestra de lectura gratis
prohibida su venta

A. P. PORTALATIN

CICATRICES OLVIDADAS
A.P. Portalatin



Cicatrices Olvidadas

© 2025 A.P. Portalatin

Todos los derechos reservados.

Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, almacenada o transmitida de forma alguna, ni por ningún medio electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otro, sin el permiso previo por escrito de la autora.

Esta es una obra de ficción. Los personajes, nombres, lugares y eventos son producto de la imaginación de la autora. Cualquier semejanza con personas reales, vivas o muertas, es pura coincidencia.

Primera edición – 2025

Diseño editorial por A.P. Portalatin

Publicado por Amazon KDP

"Yo no vine a contar una historia perfecta, vine a desnudar el alma... porque entendí que a veces hay que romperse para volver a nacer."
—Capítulo 19



DEDICATORIA

Para mi madre, que desde el cielo acaricia estas
páginas con su mirada.

Muchas de estas líneas llevan su nombre, su
ausencia... y su amor eterno.

Para ese ser tan especial que sirvió de musa,
dándole sentido a cada palabra escrita.

Dedico este libro a quienes han sufrido pérdidas
que pusieron sus vidas en pausa.

A quienes se sienten perdidos: en cada hoja
encontrarán un camino hacia la reconstrucción y
el renacimiento.

Para quienes me leen con el alma en pedazos, y
aun así deciden aferrarse a una nueva esperanza.
Y para mi profesora de Lengua Española del Liceo

Salomé Ureña,

Licda. Olga Lidia Vásquez Burgo,
quien despertó en mí la chispa dormida,
la pasión por escribir: ese don innato que,
gracias a ella, hoy tiene

AGRADECIMIENTOS

A nuestro Señor Jesucristo, por sostenerme con Su luz divina cuando mi fe y mis fuerzas se desvanecían. Lo que alguna vez pareció un sueño roto y un alma frustrada, hoy es un anhelo transformado en obra viva.

A esas noches prolongadas que, entre el silencio y el frío, tocaron lo más profundo de mi alma, convirtiendo cada lágrima derramada —aquella que nadie vio— en un símbolo de esperanza. Gracias por estar para mí, por permitirme liberar la angustia que me ahogaba.

A quienes me enseñaron a amar, incluso a través del sufrimiento. A quienes me rompieron, porque al recoger cada pedazo de mí, comencé a sanar. A reconstruirme. A dejar un legado.

A los adioses que hirieron, pero también marcaron el alma con cicatrices que hoy se recuerdan en cada página de esta historia.

Gracias a quienes me motivaron, acompañaron y creyeron en mí, incluso en mis silencios.

Gracias a ti, lector, por abrirle las puertas de tu vida a esta historia nacida desde la agonía... y por permitir que habite en tu alma. Agradezco el tiempo de sentir y sanar conmigo.

Y quiero que nunca lo olvides: amar también es tener el coraje de soltar lo que más duele.

CAPÍTULO 1

DONDE EMPIEZA EL SILENCIO

Jennifer no corría para mantenerse en forma. Corría para no llorar a plena luz del día, porque su corazón estaba al borde del colapso. Cada mañana recorría unas cinco millas, no solo en busca de salud física, sino para observar el mundo en silencio.

Mientras corría, capturaba detalles del entorno que luego transformaba en escenas, palabras, historias. Porque, aunque no lo dijera, escribir era su forma de calmar la amargura sin confesarlo.

Algunos medios simplifican la relación entre ejercicio y salud mental, cual si correr bastara para espantar la tristeza. Jennifer sabía que, por más que uno se esfuerce, el dolor no desaparece con voluntad. Lo difícil no era hablarlo... era admitirlo cuando todos esperaban que estuvieras bien.

El ejercicio había sido su escape durante muchos años. A pesar de llevar ese buen hábito en la sangre, sin darse cuenta, fue atacada por una peligrosa depresión que casi le arrancó la vida. Deseaba ponerles fin a sus dolencias, pero no quería apresurarse hacia el futuro. Se encontraba perturbada, debatiéndose entre el bien y el mal.

No era una sociópata, y tal vez por eso le costaba tanto ponerle fin a su vida. Una mañana cualquiera se sorprendió en el piso, frente a su cama, con una navaja en su mano derecha. Al final, los temblores y el llanto no le permitieron tomar una decisión.

Durante la tormenta, clamó al cielo con una interrogante, queriendo dejar ir todo el pavor de su corazón.

—Dios mío, Dios mío, ¿qué me estarás enseñando con todo esto?

El largo silencio se interrumpió al escuchar voces y risas de su infancia. Se dejó llevar y recordó lo feliz que había sido. Se trasladó a la escuela. Allí revivió los momentos más agradables con sus amigas, y en esos recuerdos reposaban sus planes futuros y sus expectativas en la vida.

Por su manera de actuar y pensar, era muy diferente a las demás. Decía las cosas con tanta seguridad que hasta ponía fecha límite a varias de sus aspiraciones. Casarse y formar una familia fue una de ellas.

De niña soñaba con un apartamento como en el que ha vivido por varios años. No era suyo, pero tenía lo esencial: una oficina con espacio para escribir y una vista que inspiraba.

Se podría decir que lo tenía casi todo. Que llevaba una vida de mujer perfecta, aunque “perfecta” tuviera otro significado en su diccionario. Tenía un estilo muy propio, inteligente, creativa y algo conservadora.

Nunca hablaba mucho de su familia, ni se rodeaba de cualquiera. No era fría; sólo era selectiva. La soledad era un viejo amor al que siempre regresaba; a veces la echaba de menos, otras veces la invitaba a brindar con vino.

Es curioso cómo algunas personas eligen no estar solas, aunque eso signifique compartir su vida con alguien a quien no aman. Frases como “Estoy con ella para no quedarme solo” o “Es solo hasta que llegue la indicada” se escuchan más seguido de lo que quisiéramos. No es amor... es compañía disfrazada.

Y en esa ilusión, convierten a su pareja en un refugio corporal: la buscan cuando el deseo arde, pero después de saciarlo, se alejan. No hay caricias, ni besos, ni conexión. Solo cuerpos que se rozan sin alma.

También las mujeres lo hacen. No se trata de señalar a uno u otro género, sino de mirarnos con honestidad. Porque aprender a estar con uno mismo —de verdad— no es fácil. Hace falta valor para abrazar la soledad sin anestesia... y no todos están listos.

Tal vez por eso Jennifer escribía, para entender esa soledad que a veces abrazaba... y otras veces evitaba. No era periodista ni escritora profesional. Solo era una mujer con una necesidad vital de expresarse.

Escribía porque le gustaba. Trabajaba para un hotel de la ciudad llamado Marbella como asistente de gerencia. Le iba muy bien y le gustaba lo que hacía; sin embargo, en el fondo sabía que no era lo suyo.

Se visualizaba ejerciendo lo que verdaderamente la apasionaba. Su trabajo consumía todo su tiempo, y aunque llegaba a casa agotada, se metía en su oficina y escribía hasta quedarse dormida.

Una mañana, tomó el ascensor rumbo a su piso de trabajo. Al entrar, se encontró frente a un caballero tan apuesto que por un momento pensó en saludar... pero no lo hizo. Prefirió guardar silencio. Quizás era un cliente más, alguien que viene y va.

No buscaba enamorarse, ni mucho menos conquistar a un hombre, pero aquel caballero le pareció atractivo.

Llegó a la oficina con una energía inusual, reflejando que el mundo por fin tenía sentido por un instante. Estaba llena de energía y buenas vibras. Attendía sus responsabilidades y hacía pausas para retroceder el tiempo y detenerlo en la escena del elevador.

Había cerrado las puertas al amor por temor a volver a fallarse. Con el paso de los meses, Jennifer consideraba — sin buscarlo — la probabilidad de volver a empezar, de salir con alguien, de llegar a amar y ser amada.

Siempre ha existido el dilema: ¿manda el corazón o la mente? ¿Lo que sentimos... o lo que pensamos cuando llega el peligro? Son recuerdos que llegan de la nada para evitar que uno se lance a quemarropa.

Lo cierto es que no se ha logrado dar con una respuesta certera. Quizás no exista un veredicto que determine lo correcto o lo falso, sino que cada persona elige la respuesta que quiera hacer suya. Confundida, Jennifer lidiaba con el debate entre lo que sentía y lo que temía.

Un día común, alrededor de las diez y treinta de la mañana, todos coincidieron en las diferentes áreas de su labor. Mientras tanto, los clientes se encontraban dispersos: unos en sus habitaciones, otros en el lobby, y la mayoría disfrutando del sol y la arena.

De repente, el edificio entero entró en pánico tras oír las indicaciones de evacuar el lugar, además del ruido insoportable de la notificación acústica de fuego.

Todo ocurrió de imprevisto. Los huéspedes se comportaban como locos, gritaban al unísono y se llenaban de desesperación. Todo a una sola voz y en diferentes idiomas.

El personal de gerencia armó rápidamente dos equipos y un plan unificado para contrarrestar la pesadilla. Indicaban los lugares de encuentro, que, a pesar de estar señalizados, los huéspedes, en pavor, se quedaban estáticos.

Durante el caos, Jennifer volvió a ver al hombre que había llamado su atención. Se encontraba en el equipo contrario al de ella, lo que le confirmó que no era un cliente más, sino un colaborador del lugar.

Luego de un tiempo adecuado y con todos captando las reglas, se dieron cuenta de que nada estaba sucediendo. Fue algo muy extraño. El cuerpo de bomberos llegó inmediatamente acompañado de un conjunto policial. Al penetrar y escudriñar el edificio, se dieron cuenta de que se trataba de una falsa alarma.

El gerente, acompañado de Jennifer, improvisó un discurso en el que pidió disculpas a los huéspedes por el mal momento ocasionado. También reconoció la movilización innecesaria de quienes acudieron en auxilio.

Luego de que cada quien regresara a sus lugares, Jennifer aprovechó para ponerse en el campo visual de aquel extraño esperando saber su nombre. Desde lejos, intercambiaron miradas y se dieron cuenta de que ambos compartían la misma intriga por conocerse.

Fingió que se iba, dándole la espalda y al instante escuchó una voz tan firme y masculina como lo imaginaba.

—Señorita, señorita, espere.

Jennifer sabía que era a ella a quien llamaba, pero no le prestó atención. Aceleró el paso sin voltear.

—Señorita, es a usted a quien le hablo. Por favor, deténgase. Sintió cómo el corazón se le aceleraba más de lo normal. Algo en la voz del desconocido la inquietó. Finalmente, decidió parar y esperar.

—¿Trabajas aquí? Juro que te habría notado antes.

—¿Para eso me llamaba?

Lo miró un poco desconcertada, sin ocultar su incomodidad.

—No, claro que no. Fue mi error. Mi nombre es Patrick, un gran placer conocerte.

No me malinterpretes. Te hice la pregunta porque suelo visitar el hotel con frecuencia y hasta ahora no te había encontrado.

Jennifer relajó apenas la expresión, aunque mantenía la distancia.

—Al parecer el hotel no es tan pequeño como pensaba, porque no lo había visto antes. Solo una vez, cuando tomaba el elevador. Yo soy Jennifer, encantada.

Patrick sonrió.

—¿En qué departamento trabajas, Jennifer?

—Eso no es tan importante.

Patrick cruzó los brazos, con gesto travieso.

—¿En qué piso estás? Te aseguro que es más interesante hablar de ti, ¿no crees, Jennifer?

—¿Por qué debo darle información personal si eres un extraño? ¿No te has puesto a pensar en eso, Patrick?

—No te estoy pidiendo que me des tu número telefónico ni mucho menos. Si me dices el piso donde está tu oficina, te dejo ir en paz.

Hubo una pausa breve. Jennifer lo observó con un poco de incredulidad, y luego suspiró.

—En el segundo piso, Patrick. Con permiso, debo irme. Fue un placer conocerte.

—El placer fue mío, Jennifer. Espero volver a verte.

Cuando Jennifer le dio la espalda, una sonrisa de esperanza se dibujó en su rostro, aunque duró poco. Se había prometido no volver a buscar un sufrimiento más. Ella entendía que enamorarse, y todo ese tema relacionado con el amor, era sinónimo de aflicción con un final catastrófico.

No pasaron dos horas cuando, sentada en su oficina, alguien tocó la puerta.

—¿Es usted Jennifer?

—Yo soy, pero creo que se ha confundido de persona.

—Esto es para usted, señorita —dijo el mensajero con voz firme.

Lo más lejano que Jennifer tenía pensado era recibir algo tan sublime y delicado. Después de insistirle al mensajero que no había forma de que fuera para ella, se dirigió a la tarjeta y se dio cuenta de quién se trataba.

“Conocerte fue lo más agradable que me pudo pasar hoy. Gracias por eso. La escogí a mi gusto. Disfrútala”. —Patrick
No sabía por dónde empezar a describir: si por su propia expresión o por el arreglo de tulipanes rojos. Su rostro irradiaba una luz inesperada mientras contemplaba los tulipanes: sus pétalos le hablaban más que mil palabras. Los tulipanes —sus favoritos— la dejaron sin palabras. ¿Cómo lo sabía?

Luego de contemplarlas, olerlas, tomarles fotos, volvió a agarrar la dedicatoria y la leyó por segunda vez. Se sintió tentada a escribirle. Él había dejado su número de celular en una esquina poco visible de la tarjeta.

Se dejaba llevar por el corazón, pero le consultaba a la razón. Sentía miedo. El miedo nace cuando alguien o algo te interesa, y desde aquel día en el ascensor, Patrick le importaba.

Después de una larga jornada de trabajo, Jennifer por fin llegó a casa y se metió en la cama con esa incertidumbre: ¿debería llenarse de valor y escribirle o pasar por descortés al no agradecer el detalle? Entre el "sí" y el "no", se quedó dormida.

Al menos no se notó tan lanzada e interesada al no hablarle de inmediato. El cansancio pudo haber ayudado. Parecía conversar con su subconsciente mientras dormía.

Al otro día, mientras preparaba el café antes de irse a trabajar, agarró su celular decidida a llamarlo. Pensó que podía ser muy temprano, en cambio, eligió escribirle.

Gracias por los tulipanes, detective privado. Son mis favoritas. —J.

Mientras conducía, su celular con su tono característico, le avisó que tenía mensajes por leer. Era él.

Esa era la intención... que te gustaran. Te invito un café mañana después de tu almuerzo, de lo contrario, tus agradecimientos no serán aceptados.

Como Jennifer iba conduciendo se le hacía más fácil llamarlo para quedar de acuerdo en su primera "cita". Intentó comunicarse con él varias veces, pero le fue imposible. Patrick interrumpía las llamadas cada vez que ella trataba de localizarlo.

Durante el día, él le escribió disculpándose y confirmando la cita para el café. Pasaban las horas y todo fluía con naturalidad, pero Jennifer se notaba ansiosa. Su compañera de trabajo se juntó con ella en el lobby.

Eli no era su amiga íntima, pero sin duda era alguien especial. Desde que comenzó a trabajar allí, ambas habían hecho del almuerzo un ritual compartido. Y la verdad, el almuerzo era algo sagrado; ese momento Jennifer no lo compartía con cualquiera.

Mientras almorzaban, hablaban de algunos temas relacionados con el trabajo. Justo en el instante en que el mesero se acercó a la mesa para preguntarles si deseaban el postre de siempre, Jennifer se percató de que debía irse. No podía demorarse más. Sin dar demasiadas explicaciones, se levantó de la mesa diciendo que tenía un compromiso que casi olvidaba. Caminó a paso rápido hacia el baño para lavarse los

dientes. Echó un vistazo rápido a su maquillaje, mientras un mensaje de texto confirmó su demora.

Jennifer, estoy en el estacionamiento trasero. Range Rover negra. Desde aquí se accede por el pasillo interno. ¿Ya vienes?

Agitada, llegó al estacionamiento. Reconocer el vehículo fue sencillo. Esperó a que Patrick quitara el seguro y subió, con la naturalidad de quien ya comparte un lazo de confianza.

—Disculpame, Patrick, por llegar tarde.

—El saludo va primero que la disculpa, ¿no?

—¿Y quién ha dicho que hay un orden? En esta vida nadie nació con manual, y las cosas que sí lo tienen, el ser humano se ha encargado de usarlas a su modo... y como quiera han de funcionar. ¿Acaso te fijas tú en el manual o en el objeto? Seguir lo tradicional me parece aburrido —añadió Jennifer con seguridad.

Lo que acababa de ocurrir sirvió como la forma más natural de romper el hielo. A la entrada, sus risas los conectaron de inmediato. Patrick, entre carcajadas contagiosas, se quedó en blanco.

Sin necesidad de indagar demasiado, se dio cuenta del tipo de mujer que tenía al lado: esa que ahora intentaba conquistar.

—¡Vaya! Has llamado toda mi atención y me han dado ganas de conocerte más. Eres hermosa y además inteligente. Ponte el cinturón, por favor.

Jennifer sonrió, más por nervios que por gracia.

—¿Cinturón? Recuerda que solo tengo alrededor de cuarenta minutos. Cuando me dijiste que tomaríamos un café, creí que sería en el restaurante de al lado.

—¿Dónde suele ir a almorzar cuando no lo hace en el hotel?

—En el restaurante que está al lado, justo de ahí vengo ahora.

—Pues ¿cómo crees que te llevaría de nuevo? Quiero llevarte a un lugar diferente. Y gracias a Dios, porque si no, estaría en problemas.

Jennifer lo miró de reojo, con una mezcla de desconfianza y curiosidad.

—No te confundas. Soy una mujer como cualquier otra... solo que aprendí a vivir con estoicismo. Me temo que no tendré tiempo suficiente para resolver todas las incógnitas sobre tu presencia.

Patrick soltó una breve carcajada, sin desviar la vista del camino.

—Empieza por la de más urgencia, y si aún no terminas... se queda pendiente.

—De acuerdo. ¿Por qué no quieres decirme a qué te dedicas?

—Ya te lo diré cuando llegue su momento. Próxima pregunta, por favor.

Jennifer giró el rostro hacia la ventanilla. El paisaje pasaba rápido, como sus pensamientos.

—¿Qué sabes realmente de mi vida? ¿Y cómo es que logras hacer llegar a mi trabajo las flores de mi preferencia?

Patrick guardó silencio unos segundos. Elegía cada palabra con cautela.

—De las dos preguntas que me has hecho, lo primero es que de tu vida no sé nada. Si así fuera... hoy no estaríamos aquí. Precisamente esa es mi intención: conocerte. Las flores, me parecieron un gesto bonito para una mujer tan agradable como tú.

—Y el hotel no es tan grande como para no encontrar a alguien tan atractiva —continuó Patrick, con una media sonrisa—. Al parecer, tenemos algo en común... creo que te mencioné que me gustan los tulipanes. Como hombre, entre todas las flores, prefiero esa por su singularidad. Tal vez por eso me resultó tan fácil acertar.

Volteó a verla un instante, con una sonrisa que apenas duró un parpadeo. Jennifer apoyó la mano en la puerta, respirando hondo. En ese silencio breve, algo se deshizo dentro de ella. No sabía si era el miedo o las ganas de volver a sentir, tal vez ambas cosas.

—Vamos con la siguiente —dijo él, tal que el destino pudiera revelarse pregunta a pregunta.

Jennifer bajó la mirada. Sintió que, por primera vez en mucho tiempo, su historia apenas estaba comenzando.



CAPÍTULO 2

BAJO EL VELO DE UNA ILUSIÓN

—Si te refieres a la siguiente pregunta por ahora he terminado. ¿Y tú? ¿Hay algo que quieras preguntar, Patrick?

—No, no es necesario. No quiero echar todo a perder. Prefiero descubrirlo.

Jennifer bajó la mirada por segunda vez y sonrió.

—De acuerdo. Una pregunta más... ¿adónde me llevas? Solo veo árboles y montañas. Hemos consumido todo el tiempo que tenía disponible en el camino.

—Disculpa, pero al lugar donde vamos ha sido certificado como uno de los mejores en postres y todo tipo de café.

—Detente.

Patrick frunció el ceño y desaceleró.

—¿Perdón?

—Que detengas el vehículo, por favor. Ya se me han ido las ganas del café y los postres... en cambio, contemplar este paisaje me parece más agradable por ahora.

Él apagó el motor del vehículo, desconcertado, pero atento.

—Ven, Jennifer, vamos a bajarnos. Suele ser un lugar muy solitario y acogedor.

—No es necesario. Desde aquí está bien. Me da igual que sea o no solitario.

Desde pequeña Jennifer prefería la naturaleza por encima de cualquier otra cosa: las montañas en vez de las playas, la lluvia antes que el sol. Quizás por eso, contemplar el paisaje desde el asiento del vehículo le resultaba más íntimo y sereno.

Buscó su celular. Lugares así merecían ser guardados en algo más que en la memoria. Al instante de hacerlo, sus ojos y los de Patrick se encontraron. Permanecieron así por unos segundos, en un silencio que no incomodaba, más bien los unía.

Las respiraciones se sentían tan de cerca, tan presentes, como los latidos acelerados que ahora parecían hablar por ellos. Patrick se inclinó hacia ella, buscando sus labios, los necesitaba. Jennifer se quedó inmóvil, atrapada entre la atracción y el miedo.

—Esto que acaba de suceder... no debió pasar, ¿me oye, Patrick?

Él frunció el ceño nuevamente, sin apartar la mirada de su rostro.

—¿Y por qué no? Somos adultos.

—Tiene razón. Dos adultos que apenas saben sus nombres... y nada más. ¿Eso te parece bien?

Patrick desvió la mirada un segundo en busca de respiro, luego habló con tono relajado.

—Me parece que todo tiene un principio. Tiempo de sobra tendremos para ir conociéndonos.

Jennifer dejó que el aire le llenara el pecho. La tensión era notoria en su voz.

—Patrick, debo regresar a mi trabajo.

—De acuerdo, ya nos vamos. No pensé que te molestaría, Jennifer.

—No, no me he molestado. Simplemente no me ha gustado tu forma de hacer las cosas.

Intentó convencerse de que aquello no significaba nada, pero su pecho la traicionaba con cada recuerdo. Desde que conoció a Patrick, algo en ella comenzaba a tambalear. No era amor... aún. Pero sí un miedo sutil a que alguien lograra desarmarla sin permiso.

Y eso, después de tanto dolor, era aún más aterrador que volver a ser herida. Intentaba no ser subjetiva al pensar en él, pero algo en su interior le gritaba lo contrario. umergirse en un baño refrescante.

En plena luz del día, hicieron el amor con la ropa mojada. Bailaron en un pequeño bar frente al mar y tomaron cervezas hasta quedar exhaustos. Poco después de que cayera la noche, decidieron marcharse.

La playa empezaba a enfriarse por los fuertes vientos que se asomaban entre las palmas. Cuando llegaron al frente del apartamento de Jennifer, él apagó su vehículo y caminó con ella hasta que entrara a su hogar.

—No quiero que te vayas. No me dejes sola —dijo Jennifer en voz baja, mientras su mano buscaba la suya.

Patrick giró lentamente la cabeza hacia ella. Su expresión era seria, pero sus ojos brillaban con ternura.

—Jennifer... ¿estás segura de lo que me estás pidiendo?

Entraron juntos y sin mucho trabajo quitó la poca ropa que cubría su piel. Jennifer dejó que él tomara el control del momento, pues de todas maneras ella no era una experta en esos asuntos, y así dejaron que el anochecer fuera su testigo fiel.

Después de aquella noche, ella se perdía aún más en su sonrisa, en la textura de su cabello, en la forma en que sus labios pronunciaban su nombre. Aquel nombre parecía tener la magia de despertar su mejor versión. Su vida amorosa florecía, aunque el trabajo la consumía.

El cierre de mes solía ser difícil en cargos con alta responsabilidad y, para Jennifer, esos días eran los más exigentes.

Rara vez salía a tiempo; prefería quedarse en la oficina, dejando todo listo para empezar el nuevo mes como una hoja en blanco. Le gustaba hacerlo así, para evitar mezclar pendientes.

Aunque era fin de semana y la mayoría de los empleados ya se había marchado, Jennifer seguía ahí. Hizo una pausa y le envió un mensaje a su amado:

Buenas noches, mi amor. Estoy en el hotel, aunque ya casi termino. Después de este día tan largo, me hubiese gustado tenerte a mi lado.

SOBRE LA AUTORA

A. P. Portalatin es psicóloga clínica de profesión y escritora por vocación. Cicatrices Olvidadas es su primera novela publicada. Una obra nacida del silencio, del duelo y de la necesidad de convertir las heridas en palabras.

Originaria de la República Dominicana, A. P. Portalatin entrelaza su experiencia en salud mental con una narrativa íntima, honesta y poética. Cree firmemente que sanar no es olvidar, sino aprender a volar con las cicatrices.

Esta historia no solo representa un renacer personal, sino también un refugio emocional para quienes atraviesan batallas internas. A través de su escritura, invita a soltar el pasado y a reencontrarse con lo esencial.

Actualmente trabaja en nuevos proyectos literarios que buscan, al igual que esta obra, buscar transformar el dolor en libertad. Puedes seguir su trabajo en redes sociales y en Amazon bajo el nombre de A. P. Portalatin.

¿Te identificaste con esta historia?

Tu reseña en Amazon es muy importante: ayudará a que más lectores descubran este libro y se animen a sanar a través de sus páginas.

Puedes escribirme, compartir tu parte favorita o seguir conectando a través de mis redes:



Instagram: @aportalatin



Email: contacto@aportalatin

¡Gracias por volar conmigo, incluso con alas rotas!

— A. P. Portalatin

muestra de lectura gratis
prohibida su venta

No es solo una historia. Es una invitación a sanar desde el fondo, a soltar con dignidad, y a reconstruirte... aunque duela.

Jennifer no sabía que perderlo no sería lo más difícil. Lo más difícil fue volverse a encontrar a sí misma entre los pedazos rotos que dejó el adiós. Creyó que el tiempo bastaría para olvidar, pero hay ausencias que se quedan haciendo eco, silencios que duelen más que las palabras, y despedidas que jamás llegan del todo.

“A veces, lo que parece una derrota... es solo la forma más dolorosa de crecer.”

Cicatrices Olvidadas es una novela sobre el duelo, el amor propio y la valentía de seguir caminando aún con el corazón en ruinas.

Aquí no se trata de olvidar, sino de recordar distinto. De aprender a vivir con lo que duele... sin que duela igual.

Jennifer nos recuerda que el amor propio no se hereda: se construye. Que los vacíos no se llenan: se aceptan.

Si alguna vez te rompieron sin despedirse, y aún así tuviste que seguir sonriendo... si todavía guardas batallas que no sabes cómo nombrar, este libro es para ti.

—A.P. Portalatin